

¿Qué hacemos?

Llevo toda la vida utilizando la expresión “es guai” y creo que he de encontrar otra forma más “de mayor” para sustituirla: es estupendo, qué maravilla, es fenomenal,... Mis hijos se están encargando de recordarme lo que compruebo cada mañana ante el espejo: que el tiempo pasa y hay dejar determinadas expresiones a los más jóvenes. No te pega, mamá, dilo de otra forma. Así que, a estas alturas de la vida, he de reconvertir mi lenguaje y utilizar uno más “tarra”, perdón, más conservador (es que no es fácil el cambio).

Este problemilla no deja de ser una anécdota dentro de lo que supone que los hijos crezcan mientras tú envejeces. A la vez que reconviertes tu lenguaje, vas dejando de frecuentar locales donde antes pasabas horas, cambias el tipo de espectáculo al que asistes y adaptas tus horarios nocturnos a la poca energía que te queda después de una semana de trabajo a destajo.

Parece que esta circunstancia te aleja de tus hijos al ser ellos mismos los que te van marcando el territorio en el que te has de mover. Esos toques de atención se repiten en la vestimenta, la música, los programas de televisión. No me parece dramático pero sí difícil de manejar si pretendes que la distancia no sea mayor de lo deseado.

No quiero ser la amiga de mis hijos, al menos no quiero ser sólo eso. La parte de transmisora de valores, de normas, de disciplina y responsabilidad es la que, muchas veces, se impone sobre la lúdica, la amigable, la personal. Y, aunque ambas son igualmente importantes, son difíciles de equilibrar.

Me preocupa ver cómo dejan los parques el fin de semana, cómo contestan a los profesores y a nosotros mismos, y, sobre todo, me preocupa cómo lo hacemos los padres para evitar que esto no ocurra.

Se admiten sugerencias.